

EVOCACION RENTERIANA AL CONJURO DE UNA VIEJA FOTOGRAFIA

Por V. COBREROS URANGA

Esta vista panorámica de Rentería, tomada desde la «txabola» de las cuatro columnas del humilladero del camino de Capuchinos—ya desaparecida—, debe ser de a principio de la última década del siglo pasado, no muy anterior al cambio de la torre de la parroquia—aquí se ve la antigua, un poco fortaleza, como las de Lezo, Oyarzun y otras—, que tuvo lugar en 1897.

La fotografía original está muy desvaída. Cuesta apreciar los detalles, que se esfuman. Además, el objetivo de la cámara con que se tomó—«gran angular», como todos los de las primitivas máquinas fotográficas—desdibuja la perspectiva, ensanchándola hacia ambos lados y acortándola en profundidad.

Recorrer la vista todo a lo largo de la foto, con una lupa pegada al ojo, «puxkaka-puxkaka», descubriendo insospechados rincones de un Rentería que nos precedió en muy pocos años, resulta encantador y emocionante a la par, para los que a primeros de siglo comenzamos a familiarizarnos con nuestro «txoko».

Al extremo izquierdo se percibe muy borroso el puente sobre el Oarso, con sus dos ojos y en cuesta. Ninguna construcción en el camino de Lezo. Sobre el puente, al fondo, la casa aislada del otro lado del puente de Santa Clara—éste, no se ve—, a mano derecha de la carretera. Más al fondo y hacia la izquierda, uno de los caseríos de la Fanderia.

Tenemos el par del puente del Oarso la masa oscura de los árboles de la Zumardi-aundi y de la Zumardi-txiki (no existía entonces la carretera actual, bordeando el río) y vemos en la foto—es decir, no vemos, por razones de escorzo y por aquellas otras de que «el árbol no deja ver el bosque», los de la Alameda Grande, que quedan escondidos por los de la Pequeña, bajo cuya espesa fronda tensaban cuerdas los cordeleros Carrera. Vestigios, quizá, de un remoto—aunque no tanto—Rentería marinero.

A un lado de los árboles, destaca, nítida, la chimenea de la Fábrica Grande de tejidos de lino; la primera, quizá, de un Rentería industrial en potencia y «de muchos humos», después.

Destacándose de los árboles también, más en primer término, el caserío aislado, «Joxé Gervaxio-etxia», donde vivieron los Olaizola; naturalmente, sin las escuelas de Viteri, al frente, ni la Albóndiga, al lado. En los altos de ésta, el cuadro artístico del laureado Orfeón Renteriano ponía en escena su repertorio de zarzuelas, en un teatrillo que, al correr de los años, se convirtió en el primer cine que tuvo Rentería. Cine mudo, claro, y sin rótulos, pero con explicador. En cuanto se anunciaba, a viva voz, una película «del natural y sin explicación», el respetable pateaba los montes nevados de Suiza, la bahía de Nápoles y las tranquilas aguas del lago Di Como. La gente iba al cine a oír al



andobal el repertorio de chistes y comentarios de sal gruesa, con que aderezaba lo que el público estaba viendo. ¡No ha llovido desde entonces!

Volvamos al cuadro artístico del Orfeón, de feliz memoria. Por ahí anda alguna fotografía de Manolo Samperio, Anthón Olaran y, quizá, Angel Sáez y algún otro más, haciendo «Los Asistentes». Las obras que se representaban pasaban por la censura «eclesiástica», y como estaba prohibido el arte de Talía a las damas, los papeles femeninos los representaban los caballeretes más barbilampiños, con atuendos femeniles y atiplando la voz. El telón de boca y algunas de las decoraciones los pintó Venancio Vázquez, un artista bohemio, hábil en el género escenográfico, que cayó por Rentería, y del que, hasta no hace mucho, se conservaban todavía más de un techo, de los varios que pintó —celajes, flores y golondrinas— para comedores de casas particulares.

A continuación de la Alhóndiga se construyó el Matadero —ambos edificios desaparecidos—, en cuya «ganbara» se guardaban los instrumentos de la Banda Municipal de música. Naturalmente, no se ven en la fotografía—no habían nacido aún—ni el Asilo, ni el frontón, ni las mencionadas escuelas de Viteri, ni la fábrica de Yute, que fueron las primeras edificaciones de las marismas de Iztieta y sus alrededores, y sí se ven, en cambio, despejadas todas ellas, con algunos huertos a la vera de la calle Carretera, que tal era el nombre de la actual calle de Viteri. Recordamos la diaria visita, minuciosa y prolija, al suyo, del viejo «Postas».

Se advierte muy bien en la foto la plazoleta, llamada hoy del maestro Landa, y señoreándola en gran parte, la huraña fachada de la casa de Londaiz. Huraña no ciertamente por el misterio de los ruidos de cadenas que—decían—se oían en ella por las noches, sino por formar parte exterior del recinto amurallado de la villa. Fachada con pocos y estrechos vanos y, para colmo, con un desvencijado y solitario miradorcillo de madera, como olvidada jaula colgada en la pared. En el último piso de esta casa vivió el organista don José Egurrola. Los destartalados y bamboleantes peldaños de la escalera, al macilento relumbro de una bombilla de carbón —recién descubierta la luz eléctrica por Edison—, a las altas horas de la noche invernal, esas sí que infundían su buena dosis de «bildurra»—más que los ruidos de cadenas— a los estudiantes de piano que acudíamos a las clases de don José.

Esta un tanto siniestra casa es la última de la calle Capitanen. En la foto se vislumbra—cuesta verlo—el arco, haciendo portalón, que la une a su frontera de la calle, y hasta observando con atención, se entrevé una especie de garita cilíndrica, de piedra, encima del arco. Por el lado trasero de esta casa, se aprecia muy bien cómo, junto con la contigua, la casa de los Gamón, se alza una amplia terraza, hasta la altura del primer piso—existente todavía—, en la calle que hoy se llama de Vicente Elícegui.

La otra acera de esta calle la forma una única casa, que hace esquina a la calle Carretera. No hubo otro edificio por ese lado en muchos años, y sí en cambio varios huertos, separados de la rúa y entre sí por no muy altos muretes. Terrenos marismeños, que en las mareas altas el agua inundaba en gran parte, al volver por sus fueros, ya que esa zona

de tierra lo era robada a la bahía renteriana, en el «fiord» del Oarso. ¿Le viene, acaso, al próximo caserío «Alaberga» su nombre, porque ya en la altura de él subían los marineros a las vergas, para aparejar las velas, con rumbo a la vecina bahía pasaitarra?

La casa aislada de la esquina a la que nos referimos, era del maestro de obras Echeveste. La tienda de «goxos» del bajo, de Carmen Olano. A continuación y tras una reducida verja, estuvo, bastantes años después, el Café del Jardín.

La casa de Echeveste no deja ver en la foto más que parte reducida de su frontera, de la calle Carretera; antigua Casa de Postas, cuya propietaria, ya en tiempos de la guerra carlista, tenía pupilos. Entre ellos, algunos oficiales de guarnición: los más de los civiles, pertenecían al flamante Batallón de Voluntarios de la Libertad. Cuentan las crónicas —que siempre fueron cotilleras—cómo los huéspedes de doña Juana se jugaban a la baraja los cuartos de sus pluses y pagas, que era un primor, incitados por el brioso entusiasmo de la dama: dándose el peregrino caso de quien más banca hacía era, de todas todas, doña Juana.

Esta señora estaba casada con «Txepetxa», «txistulari» del pueblo, al que los chicos, traviesos, entonces como ahora y siempre, le jugaban una buena treta los domingos, cuando tocaba el «txistu» en los «arkupes» del Ayuntamiento. Se presentaban ante él chupando sendas rajas de limón, lo que producía en la boca del «thunthunero» una agüilla fluida que, corriéndole por el «txistu» abajo, impedía su limpio sonido; lo que obligaba al pobre «Txepetxa» a cortar las salarinas corehecas de su silbo, interrumpiendo el «pandango». Cosa que le llevaba todos los demonios, según que arremetía contra los arrapiezos, persiguiéndolos, entre tacos y desaforados gestos.

En la esquina de la casa de doña Juana estuvo el estanco de Rita, viuda de Zapirain; a continuación, el Café de la Paz y seguido a éste, la primitiva Botica Zarra, de la que solamente se ve en la foto parte de la entrada, así como, encima de ella, el mirador del piso del boticario, desde el que presencié, a comienzos del siglo, el que esto escribe, el paso de los primeros automóviles que circularon por Rentería, provenientes de aquel tan cacareado «raid» París-Madrid, del que llegaron únicamente dos o tres a la villa y corte. A continuación, se percibe en la foto, la fachada entera de la casa de doña Filomena, donde estaba la cuadra del carretero Berasategui —padre del que fue luego cantante «Giuseppe Bera»—, y la fragua del maestro herrador Ignacio Ubiría; punto de reunión, en las tardes de invierno, de cuatro o cinco amigotes —de diez años el mayor de ellos—, presuntos aprendices de brujos, a los que se les caía la baba, entre el repiqueteo cantarín de los martillos en el yunque y los fuegos artificiales de las chispas que se desprendían del hierro rúsciente, escuchando al viejo herrador recuerdos de la guerra carlista.

Siguiendo la acera, se quiebra ésta en un entrante, por donde asoma parte de la trasera de la Fonda de Elizchea. No está aún construido el edificio siguiente—estos días demolido para alzar sobre su solar un pequeño mastodonte de casa—, donde vivieron el pintor Regoyos, los Sáez, los Bermejo, los Sáinz, y otros más, en cuyos bajos estuvo la taberna de Arocena. Se distingue una oscura pared en construcción en la foto: sin duda, cuando comenzaron a levantar la casa.

Bien se ve que, en la luego llamada calle de Viteri, no hubo edificio alguno en la acera de enfrente a la que venimos describiendo, desde la citada calle de Echeveste, hasta mucho tiempo después; ni siguiendo hacia Capuchinos por la carretera, y sí en cambio el riachuelo Pekin-erreka, que, atravesando bajo un puente la carretera, corría paralela a ésta, para desembocar por Iztieta en el Oarso, como se constata claramente en la fotografía, por donde se construyó, muy luego, el segundo Matadero. Nuestro recuerdo infantil, de unos años después de la foto, sitúa en el lugar donde la carretera hace ángulo recto, la manzana de dos o tres edificios, en los que moraron, entre tantos renterianos más, «Xoxua», el doctor Mozo, Supervielle y los Michelena.

El viejo y apergaminado «Xoxua», con una toalla al cuello—no había agua a domicilio por aquellos años—tenía la excelente costumbre de ir a lavarse todas las mañanas al pilón abrevadero, adosado a una artística fuente, situada al comienzo de la llamada después plaza del Ferial. Acción que remataba yendo a desayunar a la taberna cercana de Arocena.

Al fondo, cerrándolo, se percibe claramente la casona de Samperio, con fachada a la plaza de los Fueros y a la del Ferial, hoy Xenpelar; en ella estuvo instalado el primer Telégrafo de Rentería o, al menos, donde lo conocimos a pri-

meros de siglo. Circunscribiéndonos a la calle Carretera, se ve la casa aislada y el extenso huerto del doctor don Leandro Uranga, donde luego afinó la primera comunidad de Hermanos del Sagrado Corazón, recién expulsados de Francia, cuando las leyes de Combes y Waldeck Rousseau, y separándolos de la fila siguiente la mencionada «Pekin-erreka».

En la primera de estas casas estuvo la fonda de Matheo, hombre asaz «kankallu», que silbaba de maravilla, con unos graves aterciopelados, de auténtico mirlo. Siguiéndolas, las de doña Filomena, el túnel de Morroguilleta y la de «Garibaldi», el patriarca de los Belamendía. La última, aislada, es el caserío «Loitarte», donde el viejo «Longinos» guardaba el bote, en el que solía llevar a pescar y a pasear a los renterianos de entonces a la bahía de Pasajes.

Es notable el efecto que producen, en la vieja fotografía, los tejados de las casas de la calle Magdalena, por encima de los huertos de Atzeko-atea. Un poco más a la derecha destaca la masa cuadrada de la ermita de la Magdalena, hacia la fuente de Azken-portu.

¡Cuántos recuerdos sugeridos por esta vieja fotografía tienen que quedarse en el tintero por falta de espacio! Confiamos proseguirlos en el OARSO del próximo año, a favor de otros documentos por el estilo.